

LA CENSURA,

REVISTA MENSUAL.

PUBLICANLA EL EDITOR Y SOCIOS LITERARIOS DE LA BIBLIOTECA RELIGIOSA.



TEOLOGÍA.

I. JESUCRISTO EN PRESENCIA DEL SIGLO, ó nuevos argumentos tomados de las ciencias en favor del catolicismo por Mr. Roselly de Lorgues, traducido al castellano por un doctor en sagrada teología: 2 tomos en un volumen.

Los pedantes del siglo XVIII, que presumieron en su impío orgullo ser los primeros hombres del universo y aun iguales á la divinidad, habian concebido el loco proyecto de desmoronar el edificio de la religion cristiana sujetando los principios fundamentales de esta á un examen científico: como si la obra de Dios, que es autor y origen de toda sabiduria, pudiera correr riesgo con las investigaciones limitadas del entendimiento humano. Sofismas y argucias discurridas por la mala fé, citas falsas ó truncadas, racionios apoyados en interpretaciones erroneas dimanadas de la ignorancia de las lenguas sabias y de la arqueologia, geologia, astronomia etc., sátiras impías y sacrílegas: hé ahí las armas que Voltaire primero y luego sus discípulos y apasionados de reata esgrimieron con arrogancia contra la autoridad de los libros santos, la divinidad de Jesucristo, su religion, dogmas y moral. Creianse ya triunfantes, y en su ciego desvario gritaban que el progreso de las luces y los adelantamientos de las ciencias arruinarían las creencias religiosas y sobre todo el catolicismo, que equiparaban á dos cultos falsos. ¡Qué delirio! La palabra de Dios no puede faltar, y por mas que conspiren estrechamente unidos una vana filosofía, la incredulidad audaz y absurda y el materialismo de un siglo que se llama positivo, nunca prevalecerán las puertas del infierno contra la iglesia edificada sobre la piedra fundamental.

Mr. Roselly de Lorgues se propone en

su obra probar la certeza de los principales dogmas y creencias del catolicismo con argumentos tomados de las ciencias, rechazando así los tiros que los eruditos superficiales ó los taimados incrédulos del siglo anterior y del actual habian asestado contra la verdad y divinidad de nuestra religion santa.

El autor divide el primer tomo en seis capítulos; á saber, 1.º *Filiacion religiosa del siglo*, 2.º *Síntomas de una próxima regeneracion*, 3.º *Pruebas científicas de la verdad cristiana (Pentateuco, creacion, diluvio)*, 4.º *Astronomía, cronologia*, 5.º *Los libros santos*, 6.º *Los profetas*.

En el primero se pintan los esfuerzos desesperados, aunque impotentes, de la impiedad mancomunada con la política durante la horrenda revolucion francesa para destruir hasta la nocion de la divinidad. En el segundo se indican los síntomas observados en Francia á poco de la segunda revolucion (1830), que hacian presentir una regeneracion religiosa en todos los estados, clases y edades. Con la historia, la cronología, la geologia, la astronomía, la historia natural y la filologia se prueban en los restantes las verdades fundamentales del cristianismo, la autenticidad de nuestros libros canónicos y la certeza de los vaticinios de los profetas, reduciendo á la nada los ponderados argumentos de los impíos, tan ignorantes como malvados.

En el tomo 2.º que se divide en diez capítulos, se trata de las materias siguientes: *Testimonios de los sabios: Pruebas históricas de la verdad cristiana, Dios y Trinidad: El hombre, su caída: El diluvio: La primitiva enseñanza, los ángeles: La idolatría: Universalidad de la tradicion, la Virgen madre, el Reparador, expectation general; Siglo de Augusto, Jesucristo: Racionalidad del cris-*

tianismo: Jesucristo en presencia del siglo. Confirmanse en estos capítulos con una erudición copiosa y sólidas razones los fundamentos de nuestra religión, apoyándose el autor como en un argumento de mucha fuerza en la universalidad de la creencia de nuestros primeros dogmas en todas las regiones descubiertas, si bien desfigurados y adulterados por la ignorancia ó ceguedad del hombre.

El autor no se separa de los principios puros y ortodoxos en la ejecución del plan que se ha propuesto; sin embargo nos atrevemos á disentir de su opinión en dos puntos. Hablando de la idolatría dice que no fue tan grande ni tan insensata como se ha sostenido, y casi se inclina á tachar de errónea esta proposición de Bossuet: *Todo era dios excepto el mismo Dios.* Para opinar así se funda Mr. Roselly en que el estado conocido de civilización de los sacerdotes de la India ó del Egipto no hace creíble que enseñaran la divinidad de un animal ó de una legumbre. No negaremos nosotros que tal vez los sacerdotes de la gentilidad se burlasen en su interior de la estúpida credulidad de los pueblos, y estuviesen distantes de adorar un Dios en un bruto, un leño ó una planta; pero de esto á suponer que las naciones idólatras no creían en sus falsos dioses hay mucha distancia. Parecenos en efecto hoy incomprendible que la ceguedad del hombre llegase á un extremo tan degradante; pero acaso ¿ignora nadie, por poca que sea su instrucción, que Dios permitió que el género humano por sus enormes crímenes y por su perversidad siempre creciente, se humillase y abatiese hasta el punto de adorar no ya á sus semejantes, que al fin eran imagen de la divinidad, sino á los cuadrúpedos, á los reptiles, á los insectos, á las mismas plantas? Así con mucha razón decía el sabio Bossuet, acórde con la opinión de los santos padres y de los filósofos eminentes del cristianismo: «*Todo era dios excepto el mismo Dios.*»

En el mismo capítulo de la idolatría dice Mr. Roselly para reforzar su anterior argumento contra la realidad del culto idolátrico; tal cual se entiende generalmente:... «Se debe convenir que en España, Italia y aun en Francia se halla en nuestras iglesias una idolatría semejante, porque no es á Dios, criador del universo, no á Cristo, no á su madre la Virgen de los Dolores, á quien muchas gentes imploran: es al santo vestido de tal modo, con tal atavío, con tal collar y oropeles. En Chartres es á la Virgen negra

del nicho, y no la Virgen blanca del altar, á quien el habitante de la Beauce hace su oración. En Marsella nuestra señora de la Guarda y no la de la catedral es la invocada por el marinero cuando se halla en peligro.»

Sentimos en el alma ver estampadas en una obra tan recomendable semejantes proposiciones, que contra la intención del autor pudieran generalizarse hasta el punto de acusar indirectamente á la iglesia nuestra madre de fatora de idolatría. En efecto ¿no autoriza la cabeza visible de aquella el culto de la Virgen madre de Dios en todos sus misterios y bajo una multitud de advocaciones que han discurrido la piedad y la devoción excitadas por su patrocinio eficaz y por la multiplicidad de sus prodigios? Pues en el mero hecho de querer comparar el culto de nuestras sagradas imágenes con el que los idólatras daban á las estatuas de sus falsos dioses, parece no solo que se nos tacha de idólatras á los cristianos, sino que se endereza la acusación contra nuestro padre común, que autoriza semejante culto. Aunque se diga que el autor habla hipotéticamente, responderemos que hay hipótesis muy arriesgadas, y la de que tratamos no estriba á nuestro ver en ningún fundamento. Los paganos eran verdaderamente idólatras, porque aun dado caso que la adoración de sus estatuas é ídolos fuera puramente simbólica y representativa, los seres ú objetos representados ó simbolizados eran ó unos entes ficticios, ó indignos de adoración. Por el contrario la veneración ó culto que damos á la Virgen santísima y á los santos, es por Dios á quien se endereza como último fin nuestra adoración, y se funda en que las virtudes y merecimientos de una y otros los han llevado á la mansión de la bienaventuranza junto al trono del Eterno, con quien los rogamus sean nuestros intercesores.

La circunstancia de que tales personas se dirigen á la Virgen bajo esta advocación mas bien que bajo la otra, nada tiene de reprehensible, porque proviene ó de haberse manifestado mas claramente la protección de María santísima con un título que con otro, ó de que la devoción de los fieles se excita mas facilmente venerándola de una manera que de otra. Así los marineros que saben por tradición que sus compañeros han sido socorridos en los peligros por la Virgen de la Guarda, la implorarán siempre con este título mejor que con otro cualquiera. No pensamos que persona alguna, por ignorante que sea, crea

que hay muchas vírgenes porque á María santísima se la venera bajo muchas advocaciones, ni menos que los adornos ó vestiduras de las imágenes atraigan de preferencia el culto de los fieles; pero suponiendo que la simpleza de alguno llegase á tal ex-

tremo, y que no hubiera una alma caritativa que le desengañase, ¿podría probar esto la certeza de la proposición de Mr. Roselly? Lo repetimos, nos parece aventurada su aserción, y desearíamos que la hubiese borrado de una obra bajo otros conceptos estimable.

FILOSOFÍA.

3. LA MORAL UNIVERSAL ó los deberes del hombre fundados en su naturaleza: obra escrita por el baron de Holbach, y traducida al castellano por una pluma inteligente.

El nombre de Holbach se pronuncia con veneración entre los ateos y filosofastros, que tienen de muy antiguo la absurda pretensión de regenerar el mundo, *moralizar humanamente* á los hombres y hacerlos felices en la tierra, pues según ellos para eso y nada más hemos nacido. Verdad es que todos sus ensayos y esfuerzos han sido vanos hasta aquí y lo serán siempre, porque intentan levantar un edificio sólido y durable sobre arena; mas como la impotencia de las tentativas de los antiguos no retrae á los modernos de repetir las y redoblar su empeño para conseguir el anhelado intento, de aquí la necesidad de descubrir lo absurdo é impío de las doctrinas malamente llamadas filosóficas de los ateistas, naturalistas y materialistas, aunados para destruir si pudieran las nociones del verdadero Dios y de su religión sacrosanta.

El baron de Holbach descuella en la escuela filosófico impía por el fogoso fanatismo con que abrazó desde luego las doctrinas de la secta, y por la infatigable perseverancia con que las difundió, ya en producciones originales, ya traduciendo una multitud de escritos de los incrédulos ingleses.

La Moral universal es una de las obras que más séquito han tenido entre los iniciados de la nueva filosofía, que no han dejado de manifestar cierto engreimiento por el triunfo que á su parecer había conseguido su maestro fundando una moral puramente humana y aplicable á todos los hombres de todos los países y de cualquier secta que sean, incluso los que no admiten ninguna religión, ni aun la existencia de la divinidad. ¡Insensatos! ¿Puede llegar su delirio hasta el punto de figurarse que el sistema del baron de Holbach, no nuevo por cierto, ni original, basta para dar la paz y tranquilidad interior á los individuos, sin la cual no

hay felicidad, é inspirarles la virtud que han menester para vivir en sociedad con sus hermanos? ¿Cuánto pudieramos decir á los maestros de tan perniciosas doctrinas ó á los ilusos que las oyen y adoptan como artículos de fé, si nuestro objeto fuera ese! Pero no podemos resistirnos al deseo de darles un consejo, y estamos seguros que nos le agradecerán si le practican con sinceridad y recta intención: lean el Evangelio santo de Jesucristo, penetrense bien de su doctrina y de sus máximas, y vuelvan luego á hojear el ponderado libro de la *Moral universal*. ¡Ah! ellos mismos, aunque sean unos ateos declarados, echarán de ver la diferencia, y conocerán lo vano, insípido y aflictivo de los principios morales fundados en la naturaleza y encerrados en los límites estrechos del placer y del dolor presentes de nuestra fragil existencia.

El baron de Holbach, consecuente con su sistema de ateísmo, no consagra ni un capítulo siquiera de las cinco secciones de su obra á hablar de los deberes del hombre para con su criador, siendo así que se extiende en prolijas consideraciones sobre puntos de orden muy inferior. Aunque el famoso escritor quisiera circunscribir la existencia del hombre y su felicidad ó desgracia á la tierra y á las relaciones con sus semejantes en el mundo; debió ocurrirle que como dice Ciceron, *quis est tam vecors qui cum suspexerit in cælum non sentiat Deum esse?* Y en tal caso ¿no era justo enseñar á los hombres los deberes de justicia y de gratitud para con el autor de todo lo criado? ¿No prescribe el baron de Holbach, aunque á su modo, los deberes de los hijos para con los padres que les dieron el ser, los criaron, alimentaron y educaron? Pues ¿cuánto mayor es la obligación hácia el hacedor de la naturaleza que lo crió todo y lo sustenta?

Sería necesario destinar muchas páginas para acotar y censurar como se merecen las contradicciones, errores y absurdas doctrinas de este escritor: así nos limitaremos á señalar los de más bulto. Prescindamos de

lo que dice en el capítulo de la conciencia cuando achaca á la superstición (ya se sabe que los impíos dan este nombre á la religion) que ofrece á los malvados mas insignes los medios de aplacar con el auxilio de ciertas exterioridades y prácticas establecidas los manes de los que han sido sacrificados por su ambicion, su codicia ó su venganza, con lo cual se creen los delincuentes lavados de sus delitos. Pasemos por alto la crítica que hace de la vida monástica, cuando al tratar de la actividad llama *insensata é irracional la moral de aquellos inconsiderados moralistas que aconsejan á las criaturas racionales y sociales que se retiren á los bosques, huyan de la sociedad y cuiden únicamente de sí mismos sin tomar parte alguna en el interes general*: mas adelante llama salvajes espantosos á los que practican este género de vida. Pero quisieramos que nos dijese los hombres honrados qué concepto puede merecer este legislador universal de moral, que asienta magistralmente la máxima de que la veracidad es virtud cuando descubre á los hombres lo que es necesario á su comodidad, á su conservacion y felicidad permanente; mas deja de serlo, y hasta es un mal, si los aflige sin provecho ó perjudica sus intereses. En otro lugar increpa y tacha de inhumana la doctrina de aquellos rígidos moralistas que sostienen no ser lícita jamás la mentira. El filósofo de Hildesheim, mas humano y acomodaticio, no quiere que por una verdad mas ó menos se altere la comodidad ó se menoscaben los intereses de los hombres. Tambien admite el divorcio.

En el capítulo VII de la seccion cuarta habla de los deberes de la religion (sea la que quiera, porque todas son indiferentes para nuestro filósofo), y despues de decir que *la religion no puede ser otra cosa que la moral natural*, y que toda opinion, toda doctrina, todo culto, que sean contrarios á la naturaleza del hombre racional y que vive en sociedad, deben ser desechados como opuestos á las intenciones del autor de la naturaleza humana, sienta este principio, que es el dogma fundamental de los protestantes, racionalistas y naturalistas: «Nosotros tenemos medios naturales para juzgar si una religion es buena ó mala, esto es, conforme ó contraria á las ideas que *formamos* de la divinidad. Segun estos principios incontestables la religion mas conforme á la moral, á la naturaleza del hombre, á la conservacion, á la armonía y á la paz de las naciones debe

ser preferida á las contrarias opiniones, y proscritas estas con la mayor indignacion.»

Nuestro autor quisiera que los ministros de la religion encargados de la educacion de la juventud *simplificasen la moral*, y con sus meditaciones diesen á los hombres *un catecismo moral y social*, como si dijéramos *la Moral universal* del baron de Holbach ú otra obra de este jaez. Al fin y al cabo como él mismo dice, los motivos naturales del amor propio y del interes bien entendido son mas ciertos, poderosos y dignos del hombre de bien, que los motivos imaginarios de una moral entusiasta, siempre admirada y jamás puesta en práctica. Pero si asi es, ¿cómo no hemos visto hasta ahora una república, siquiera no fuese mas extensa que la de San Marino, formada de ciudadanos virtuosos y perfectos, verdaderos seres angélicos, aleccionados por tantos filósofos ateos antiguos y modernos?

El baron de Holbach para coronar dignamente su obra derrama en el capítulo último *sobre la muerte* todo el veneno de la impiedad y del ateismo, y despojándose de la máscara hipócrita asesta sus tiros contra la religion, sus doctrinas y ministros, ya por medio de la calumnia, ya por el insulto, ora afirmativamente, ora en el tono de quien hace que duda y cree lo que pinta como dudoso; pérfido ardid para insinuar mas habilmente la ponzoña en el corazon de los lectores.

¡Ay de aquel á quien la muerte sorprenda en la situacion angustiosa y aflictiva á que no pueden menos de reducir al hombre las doctrinas irreligiosas estampadas en este capítulo! ¡Qué terrible será para él la serenidad que le ofrece el baron de Holbach, y que no es otra cosa que la aparente tranquilidad de un demente ó de un insensato!

Si todos los que hubieran de manejar la *Moral universal*, fuesen medianamente instruidos, y estuvieran libres de todo género de preocupacion; no creemos que aquella obra pudiera hacer daño alguno: tan baladí nos parece por sus doctrinas y argumentos. Pero como las personas indoctas y sobre todo la juventud incauta y aficionada á novedades no saben ni pueden discernir lo malo de lo bueno ó indiferente; juzgamos que se les debe prohibir la lectura de aquel tratado, cuyo autor no se propuso, segun queda dicho, otro objeto que formar un código moral en consonancia con sus principios materialistas.

NOVELAS Y CUENTOS.

3. **LELIA**, novela escrita en francés por Jorge Sand, y traducida al castellano por J. Tió: un tomo.

¡Cuán perjudicial ha sido á estas horas para la juventud la fatal mujer que bajo el falso nombre de Jorge Sand se ha dedicado á escribir en la nacion vecina! ¡Qué doctrinas, qué máximas, qué ideas! Entre las producciones perniciosas de esta autora tristemente célebre descuella *Lelia*, libro de duda y de escepticismo segun la misma que le ha compuesto, y que nosotros sin pecar de severos no tememos calificar de libro infernal, atestado de impiedades y de blasfemias, no escaso de escenas de la mas repugnante lubricidad, compuesto segun el sistema de la nueva secta que en Francia y otros paises trabaja por destruir la religion católica, só pretexto de que ya ha envejecido y es pasada su época, y quiere sustituirle un nuevo culto, edificio grotesco formado de fragmentos de todas las religiones y engalanado con los delirios y caprichosas invenciones de los nuevos apóstoles.

Cuatro personajes figuran principalmente en esta obra: Lelia, Stenio, Magno y Trenmor. La primera es el símbolo de la altivez impía, que irritada de no poder domeñar la tierra entera, y modelar los corazones de todos los hombres á su capricho, abjura los sentimientos de religion, levanta su frente orgullosa al cielo, maldice no solo las obras del Criador, sino al Criador mismo, y en su diabólico frenesí acusa á Dios omnipotente, sabio y bondadoso hasta lo infinito de debilidad, ignorancia y perversidad. Los vicios que aquella alma extraviada fomenta con su petulante orgullo, los achaca á la divinidad, y se desata en blasfemias, maldiciones y sarcasmos horribles, que aun prescindiendo de las ideas religiosas son de malísimo gusto bajo el concepto literario. Ya canta al son de su maléfica arpa impiedades y execraciones que no nos atrevemos á indicar siquiera, y dice que Dios no le basta; ya exclama con una audacia mas que infernal que el Criador *sufre y tiene tedio en el seno de su gloria, supuesto que nos hace tanto mal*; ya por fin prorrumpe en estas expresiones que no sabemos cómo calificar, y que copiamos para que se vea hasta dónde puede llegar el frenesí del hombre abandonado de Dios, y qué calamitosos tiempos alcanzamos cuando se permite publicar unos libros tan detestables.

«No sé, dice la impía Lelia, á quién imputar las faltas de mí misma; pero enmedio de las fuertes rebeldias de mi alma mi tormento mayor es el temer de continuo la ausencia de un Dios á quien poder insultar. En tales casos buscole en la tierra, buscole en el cielo y en el infierno, es decir, en mi corazón. Buscole porque quisiera tenerle, maldecirle, aplastarle, y lo que mas me irrita contra él es que me haya dado tanto vigor para combatirle y se esté tan lejos de mí; es que me haya dado el gigantesco poder de atacarle, y que se mantenga allá abajo ó allá arriba, no sé dónde, sentado enmedio de su gloria y siempre sordo sobre todos los esfuerzos de mi pensamiento.»

Al lado de un monstruo como Lelia se obscurecen Trenmor, Stenio y Magno, con ser cada uno en su línea un conjunto de perversidad y sentimientos impios, aunque la autora les da un colorido de *virtud á su manera*, de probidad y de humanidad, que ella llama *caridad*. ¡Caridad en quien reniega de Dios y no conoce ni profesa su religion santa! Trenmor, amigo íntimo y consejero autorizado de Lelia, es un *presidiario* cumplido; pero que ha vuelto arrepentido y purificado de presidio; sin embargo por no *renegar* del todo de sus antiguos hábitos se ha hecho carbonario y sigue no sabemos qué secta religiosa. Sin duda ha acomodado como Lelia la religion de Jesucristo á sus sentimientos é inclinaciones.

Stenio es un *poeta romántico*, que ha enloquecido de amor desde que vió á Lelia, y como es consiguiente prefiere la posesion de esta al mismo Dios, á quien maldice formalmente en unos versos por no ser menos que su querida *filósofa*.

El sacerdote Magno (porque ¿cómo se habia de olvidar la impía autora de introducir en su obra un ministro de Dios que fuera corrompido é incrédulo?) aparece primero como enamorado locamente de Lelia, por quien reniega de la divinidad y olvida los deberes de su sagrado ministerio, y luego le vemos convertido y ermitaño; pero amigo todavía de los *virtuosísimos* Trenmor y Stenio. Ya se ve era menester hacer un solitario *romántico y espiritualista*. También Lelia entra monja en un monasterio de camaldulenses; pero para insultar á Dios y la religion, manifestando su incredulidad en las reticencias y restricciones de la profesion. De paso se acusa al clero de

connivencia con la sacrilega monja, insinuando que desea heredar las cuantiosas riquezas de esta.

Lamentamos con el mas profundo dolor los incalculables males que la lectura de este libro maldito habrá hecho ya en nuestro católico reino desde que se dió á la estampa en idioma castellano; y conjuramos á los directores de conciencias, á los maestros de la juventud, á los padres y á los esposos que aparten de las manos de las personas encomendadas á su direccion, cuidado y vigilancia una novela capaz de pervertir los corazones y destruir no solo las ideas de religion y de moralidad, sino hasta la noción misma del Dios verdadero.

4. CUENTOS FILOSOFICOS de Mr. de Balzac: un tomo. Es el primero de sus obras traducidas por D. J. T. y D. L. C. é impresas en Barcelona.

¿Quién no ha oido hablar de Mr. de Balzac, cuyas obras como que son de moda en Francia entre la juventud insustancial y dada á novedades, entre las mujeres *del gran mundo* y entre los libertinos y apasionados á la sátira impía ó picante y casi impía, se han vertido desde luego á nuestro idioma, y por cierto en la gerigonza galo-hispana corriente? Verdad es que el original de este autor romántico y alumno de la escuela *de la suprema inteligencia* está escrito tambien en estilo ampuloso y en lenguaje que se aparta del usual, porque ese es el mérito de los escritores gongorinos de la Francia del dia.

El tomo de *Cuentos llamados filosóficos* que hoy examinamos, comprende cinco; á saber, los *Proscritos*, *El elixir de larga vida*, *Una obra maestra*, *La venta roja* y *Maese Cornelio*. En el primero que como suele decirse no tiene pies ni cabeza, se nos dice que el conde Godofredo, que es uno de los proscritos y vive de incógnito con el Dante en casa de un alguacil de París, quiso suicidarse una noche; y habiendo acudido al ruido el anciano poeta, y visto que el joven habia intentado matarse, le pregunta la razon, y Godofredo contesta: «No pudiendo lanzarme al cielo he tomado para llegar á Dios la única senda que tenemos.» Entonces el poeta le abraza y le estrecha en su corazon diciéndole: ¡O joven! ¡joven sublime! ¡oh! ¡tú eres poeta! Tú sabes subir intrépidamente por entre la tempestad. Tu poesía exclusivamente tuya no sale de tu corazon. Tus vivos, tus ardientes pensamientos, tus creaciones mar-

chan y crecen dentro de tu alma. Cuidado, no entregues al vulgo tu pensamiento. Sé tú mismo el altar, la víctima y el sacerdote. ¿Conoces los cielos, no es verdad? etc.» No puede pintarse el suicidio con un colorido mas halagüeño en unos tiempos en que tan frecuente se ha hecho esta demencia, y en que hasta los escolares de rudimentos empiezan á componer versos y aun echan á volar algun drama. ¡Buen modo por cierto de inspirarles la virtud y la religion! ¡representarles el suicidio como la poesía mas sublime y el medio mas expedito de subir al cielo! Será al cielo de los poetas románticos. El anciano quiere á renglon seguido enmendar la plana y dar una leccion al insensato Godofredo diciéndole el destino á que caminaba; pero por de pronto ya habia vertido antes el veneno. En la romántica descripcion que hace el poeta de las mansiones eternas, asi la de los bienaventurados como la de los réprobos, se advierten, ademas de la ridícula hinchazon y del sabor puramente humano de quien no tiene otra idea ni otras nociones de las verdades de nuestra fé que las que se leen en los poetas, ciertas blasfemias y expresiones impías, que ni aun poniéndolas en boca de un condenado debian verterse en libros destinados para todos y escritos como de intento de manera que resalte lo malo y se obscurezca el correctivo si le hay.

El cuento de D. Juan ó el *Elixir de larga vida*, cuyo argumento ha dado margen á tantos dramas, poemas y novelas, está salpicado de impiedades, de expresiones sacrílegas y de burlas de las cosas mas santas, ademas de representarse en el protagonista, no sabemos con qué objeto, un joven disoluto y un hijo desnaturalizado, que desea la muerte de su padre, y que creyendo que volvía este á recobrar la vida con la aplicacion del elixir le reventó el ojo que se movía. Sin duda ninguna este cuento es el mas detestable de la coleccion.

En el de *Una obra maestra* notamos la idea escandalosa y no verosímil por cierto del pintor Poussin, que frenético por la gloria artística propone á su amante que sirva de modelo al maestro Frenchofer en su taller; y no sabemos qué admirar y vituperar mas, si la inmoral extravagancia del pintor, ó la impúdica condescendencia de la joven que prescinde asi de los sentimientos mas triviales del pudor y la honestidad.

El cuento de la *Venta vieja* encierra una moralidad muy digna de estos tiempos de

corrupcion *positiva*. Un joven está enamorado de una señorita, y antes de pedir su mano sabe que es hija de un vil asesino y ladrón: un hombre de bien no hubiera titubeado en sofocar su amor y desistir de enlazarse con tal mujer; mas el novio de la *Venta roja* consulta con sus amigos, muy predispuesto á optar por la afirmativa, y así da á entender el autor que obra, aunque no lo manifiesta expresamente. Tambien hay tal cual pensamiento de incredulidad ó de lo que llaman los filósofos del dia *despreocupacion*.

En *Maese Cornelio* se nos da la escena de una hija bastarda del rey Luis XI de Francia, que estando casada con el conde de Saint Vallier admite los obsequios de Jorge de Estouteville y consiente en el proyecto que concibe este de asaltar de noche la casa del

marido, entrando como aprendiz en la de maese Cornelio, platero del rey. Este en un diálogo con su hija María habla de los amores con Estouteville como de una cosa loable, de que no debe avergonzarse una señora casada, y de que puede conversar con su padre sin recato ni empacho alguno. Tambien se encuentra alguna expresion satírica *contra la corte de Roma*, que en lenguaje filosófico significa la santa sede apostólica.

Creemos pues que debe prohibirse la lectura del *Elixir de larga vida*, y que si se leen los otros, ha de ser con precaucion y teniendo en cuenta las observaciones que hemos hecho; y no se perderia nada en no tomar el libro en la mano, porque ni aun literariamente tiene mérito ni interes.

POESÍA DRAMÁTICA.

5. **LUIS ONCENO**, tragedia en cinco actos escrita en francés por Mr. Casimiro Delavigne, y traducida al castellano en diferentes metros por D. Pedro Gorostiza y Cepeda.

Luis XI habia mandado cortar la cabeza á Santiago d'Armagnac, duque de Nemours (que se habia rebelado contra el monarca), haciendo que sus hijos, niños todavia, asistiesen al suplicio y se colocasen debajo del cadalso para recibir la sangre del desventurado duque. El poeta finge que Luis d'Armagnac, tercer hijo de Nemours, fue enviado bajo el nombre de conde de Retel por Carlos el Temerario, duque de Borgoña, para pedir á Luis XI satisfaccion de ciertos agravios. En efecto se presenta el de Nemours con la arrogancia y mal reprimido enojo que la muerte atroz de su padre le inspiraba, y habla al rey con insolente arrojo, amenazándole con la guerra en nombre del de Borgoña si no accede á sus reclamaciones. Mas despues de esta audiencia el rey sonsaca á María, hija de su ministro Comines, y averigua estar enamorada y ser la prometida esposa del duque de Nemours, que era cabalmente el supuesto conde de Retel. María es engañada con una falsa promesa de perdón, y jura al monarca que no se lo participará á su futuro esposo en la entrevista que ha de tener con él. En la segunda audiencia que da Luis XI á Nemours delante de San Francisco de Paula y de su corte, jura un pacto de alianza estrecho con el duque de Borgoña y de olvido de cualquier injuria.

En esto llega noticia de la derrota de este príncipe, y descubierto Nemours saca la espada así como los caballeros borgoñones de su séquito para trabar combate con los franceses; mas al fin se rinde por evitar una contienda desigual é inutil, y es entregado al preboste Tristan. Cotie, médico del rey Luis XI y criado antiguo y agradecido del padre de Nemours, hace consentir al rey en tener una entrevista con el duque preso para persuadirle la traicion al de Borgoña y la entrega de sus fortalezas á Luis XI; pero Nemours rechaza con indignacion estas proposiciones, aunque sea para salvar su vida, y entonces Cotie le da un puñal y una luz y le facilita la evasion por su cuarto contiguo al del rey. Nemours, lejos de huir, se prepara á asesinar á Luis, y cuando este persuadido de que se ha fugado su enemigo, porque se lo habia revelado el mismo Cotie, se queda solo en su habitacion, se ve sorprendido por el de Nemours, quien le hace confesar su crueldad para con su padre y hermanos, y le tiene por un rato en el duro trance el que espera una muerte cierta. El poeta sin embargo no quiere que el rey muera impenitente y que se vengue su enemigo, y así este se aplaca de pronto y suelta á su víctima para serlo él indudablemente, porque ni aun trata de escaparse. De manera que cuando vuelto el rey del acceso que la sorpresa y el temor habian causado en su cuerpo enfermizo y debilitado, le recuerda Cotie por una imprudencia el atentado de Nemours, Luis manda inmediatamente á Tristan

que le quite la vida, reprendiéndole agriamente porque ya no lo había hecho. Así se ejecuta, y cuando el rey se recobra un instante de un nuevo paroxismo para morir á poco, oye que el sanguinario preboste participa á María la muerte de su amante Nemours. El rey muere al parecer penitente; pero lo dejó para el postrer instante, y hasta entonces fue cruel, vengativo, disimulado y pérfido.

Hay en esta larguísima tragedia multitud de episodios que la embrollan y eternizan su desenlace; pero no nos incumbe examinarla por este lado. Contraigamonos á nuestro objeto. ¿Cuál es el que se ha llevado el poeta en introducir á San Francisco de Paula y al cardenal de Alby? El primero está enteramente desairado, y no se justifica su aparición ni con la idea de pintar la supersticion del rey que pudiera acreditarse por otros medios. En cuanto al cardenal, siendo como es de todo punto inútil é insignificante su papel, no debe haber habido otro fin para introducirle que sacar á la escena un purpurado y ridiculizarle pintándole como un cortesano baja é indignamente adulator, segun puede verse en las escenas 3.^a y 4.^a del acto 5.^o Aun sin estas circunstancias en un pais esencialmente católico no debiera permitirse que se representasen en el teatro los santos que veneramos en nuestros altares, ni los príncipes de la iglesia y ministros de nuestra religion sacrosanta.

El caracter del monarca frances es ajustado en el fondo á lo que la historia nos cuenta de él; pero todos los hechos históricos ¿son buenos para representarse, ni conviene que se representen, y mas en unos tiempos en que la autoridad de los monarcas y el respeto que les es debido, son vilipendiados y escarnecidos por la rebelion altanera? ¿Qué enseñanza ha de sacar el vulgo, imbuido hoy en máximas perniciosas asi políticas como morales, de la representacion de un drama, en que aparece un monarca supersticioso, avaro, cruel, desconfiado y falso?

Cotie, médico del rey, presenta un caracter particular de depravacion y empedernimiento, que todas las maldades de Luis XI no son capaces de justificar, mucho mas cuando este le había colmado de dones y mercedes, aunque se conceda que con la mira de su propio interes. Es repugnante hasta no mas la escena 11 del acto 5.^o, en que examinando Cotie al rey ya casi cadaver dice

despues de ponerle la mano en el corazon:

Palpita su corazon,
y vivo salir pudiera
de aquesta lucha reciente.
Cierto, si yo nuevamente
le animara. Bien lo hiciera;
mas si añado á sus contadas
horas una de tormento,
¿la suma horrible no aumento
de sus maldades pasadas?
¿No apresuraba el castigo
de Nemours hace un instante?
No cuentes en adelante,
naturaleza, conmigo.
Yo te cedo el importuno
cuidado de su agonía:
este rey por culpa mia
ya no matará á ninguno.
Tú puedes, si tan malvada
empresa te da contento,
disputar por un momento
sus despojos á la nada;
pero que yo contribuya
á tal obra, no lo esperes:
defiendele tú, si quieres,
siendo ya la vergüenza tuya.
*Estoy ya muy harto de él,
y aunque su reino me diera,
cómplice tuyo no fuera
en este antojo cruel.*

Seria cosa de nunca acabar si nos propusieramos censurar todos los errores que pululan en *Luis onceno*: asi nos hemos limitado á notar los mas enormes á nuestro juicio; pero no queremos omitir por conclusion estos dos versos de una singular plegaria á la Virgen puesta en boca del rey (escena 7.^a, acto 4.^o):

Cumplase tu voluntad,
Dios bueno, y tambien la mia.

Toda la súplica está por el mismo estilo.

NOTA.

Para que el índice de libros prohibidos que hemos ofrecido en el prospecto, salga tan completo como sea posible, estamos reuniendo muchos y muy preciosos documentos.